



7089
de época, Santiago, 12 jul. 1992, p. 6-7 (suplemento)

Una novela de Virginia Woolf

Manuel Espinoza Ovalle

Recientemente apareció en Chile

una reedición de *Las olas*, una de las novelas más sugerentes de Virginia Woolf. En ella la escritora inglesa, de cuyo suicidio se cumplieron cincuenta años, juega con la ambigüedad, dibuja ambivalencias, proyecta sus palabras onirando un obispo de soledad e insatisfacción.

don las y las palabras caen en el silencio.

Temas: el tiempo que destruye lo creado. El mar, corrido por el viento, símbolo de fuerza irreversibles, olas que abren, cubren, juegan impetuosas, ciegas como el destino, como el azar, abalanzándose hacia la orilla para deshacerse nuevamente y dejar una ligera orla blanca en la arena. Es la vida que pasa por el existir, huela, traza que el tiempo pulveriza y hace irreconocible, lugar inferno, oblongo, como nubes blancas en un cielo azul que hacen laborioso el disfrutamiento, la pasión; de evocar su curso. Pero el tema, como en Joyce, es el lenguaje, sólo que Virginia Woolf insinúa lo estético en la objetividad de una sinopsis pensada para desmenujar esquemas, sino en una exaltada poética del signo, por la que los límites artificiales del género narrativo están en un explosivo ensanchamiento en que el idioma de la imagen realista su esencia de ambigüedad.

Es un juego hondamente lírico en que el lenguaje mana de una fuente de entusiasmo onírico, haciendo, provocando imágenes perceptibles tras una visualización de situaciones, encadenamientos reflexivos que reclaman actitudes connotativas del lector que, interpelado allí, no por un mensaje explícito sino por la intensa convicción que polariza el sentido orgánico de los signos, debe implicarse sin resistencia, abrirse al latido por el cual se muestra un ángulo del mundo que no es más que el ángulo perceptible de una textualidad que se resiste a ser clasificada tras el rigor analítico de una comprensión.

He allí un inabarcable deslizamiento, aprehensión del fantasma del tiempo, de un puro movimiento que oscila, como las olas que se convierten y desvanecen basculando la orilla, arrojándose, regresando en una infatiga resistencia, inquietud que no dice sosiego, que se proyecta suave, ensabillada, midiendo la temporalidad entre sombras y soles que aparecen y se pierden tras el horizonte inabarcable.

Sombras de los sueños

El discurso transparente la dramática significación del existir que los signos grafican y ponen más allá del lenguaje, en un discurso que coloca su núcleo impenetrable, mas no que imprime las huellas con-



verdades en máscaras, roturas que en su silencio pasan imperceptibles, hasta que un espejo fuese a los ojos muestra la crudeza de la inversión, y la ilusión que el texto síncrta es también un parecer, modo de ver y sentir que aquel que no mira no es más que la sombra de una imagen alterada, fantasma engañoso impregnado de nubes, algo destinado a ser un futuro de fragmentos, de humo disipado por el viento.

Virginia Woolf realiza un discurso narrativo con el acento de un drama que se vive olvidándolo, se olvidaba como dice ella, la visión del personaje representativo porque no hay nada que representar, sólo la inestabilidad, el devenir, las sombras que circulan por los sueños en que todo está como un elemento muy vivo dividido, moviéndose en la precariedad de un diseño cuyo sentido reside en la pista de su desvanecimiento.

El relato comienza con la voz de los niños, adolescentes, que pronto se descubren entre maduros, formas que el tiempo ha marcado impenetrables el vacío donde no hay esperanza, sólo la representación de un signo, la mirada aviesa de dioses, sintiendo los caminos que avanzan hacia la soledad. El discurso de Virginia Woolf organiza un sentir, sensible mo-

rosidad del lenguaje concebido para auscultar creencias que la conciencia difusa, enervada, provoca unidades como estatuas levantadas con brillo de la obtundición, y la palabra va fluyendo sin temer, mostrando que toda formulación es un riesgo, y su sonido una evidencia cuando el mundo es una verdad que se está desmenuzando constantemente, y sus valores se hacen también, ferozmente quisiera cambiar, mostrando su evidente estructura, deshojándose como los calendarios, desahucándose como los sueños infinitos que la madurez del hombre no puede renunciar.

Percepción es allí una sombra, ausencia a que remiten retrospectivamente las voces, es lo que no queda, ido para siempre conforme el recuerdo, la nostalgia que obliga a ver lo perdido, nubes que orientan pasos, dioses que se han desvanecido de pronto. Es un hermoso juego de palabras operando un resaca desde el empujante virtualismo de lo descriptivo, empujando a ventura que quiere reflejar la identidad de un mundo real que no es más que un constante cambio.

Virginia Woolf desbarra el sortilejo de que espacio y organiza su universo en la verticalidad de lo poético. Nada se está haciendo allí, todo, es re-

En el mundo real suceden muchas cosas que hieren al hombre, pero a veces todo parece transcurrir a través de un sueño, y lo que se engendra como las sombras fluye hacia la luz. Y lo que vive en el fondo de la memoria es lo que el lenguaje dibuja en su propia superficie. Virginia Woolf nos pone ante la ocasión de mirar y sentir cómo el tiempo macera y destruye velozmente. La palabra impregna la conciencia de un devenir cuya ruta es la restauración constante de una pérdida.

La impresión es a veces que el mundo es exterior a la vida, y otras es un desmoronamiento interno de la estructura del pensamiento. Algo se nos va, siempre de las manos y en trébol la posibilidad de alcanzarlo para mantenerlo en la firmeza del existir. Pero la existencia es lo que se pierde: como el agua entre los dedos, y a veces más recuerdos que creencias. Si todo es ilusión el tiempo es pérdida que diluye las esperanzas. Las remembranzas constituyen un hábito por las que alguien se deposita en el pasado, al fin lo único aceptable para el ser humano cuando las suyas se van quedando vacías. El pasado obliga a demostrar, a evitar la caída en el abismo de la ausencia donde las olas nos arrastran violentamente y anulan cada paso que creemos dar hacia adelante. Pero esto no es más que una ilusión irreversible a la vida.

Intimidad política

Virginia Woolf (1882-1911) fue un político activo en el taller de la literatura inglesa. Si comparte similar espacio vital con James Joyce (nacido y muerto ambos en los mismos años), ella introduce de modo magistral la perspectiva de una honda intimidad política. Su actitud rechaza el objetivismo realista de la novela inglesa, el juego de una argumentación por la que se apartaba un signo de amarga credibilidad sobre la presencia y acción de unos protagonistas. Joyce discute el yo convirtiendo el lenguaje en el sujeto protagonista de su obra. Virginia Woolf, por el camino de auscultar lo más íntimo, permite al narrador diluirse en la conciencia de una conciencia que no aprueba con la omisión de una función ordenadora.

Seis voces sostienen la palabra en el transcurso de *Las olas*. Dibujan la visión de un

mundo que no llega a adquirir esencia de realidad. Son formas de sentir cómo la vida se va haciendo, deduciendo apenas experimentada, fragmentándose, cambiando, haciendo la sensibilidad con la pista de lo inabarcable. Un texto constituye el "discurso" central de una descripción onírica, dividido en nueve partes que organizan nueve capítulos de la obra. Esa columna vertebral es la trama sobre la que el rumor de las voces se perfila en una dirección que siempre es la constatación y connotación de una pérdida. Un abarcamiento que es, puede ser un amoroso, y un caso en que las sombras inva-



Virginia Woolf, *Las olas*. Traducción de Lina Frenkel. Santiago, Dip. Zon. Cal. Galería de Arte, 1991, 246 páginas.

Una novela de Virginia Woolf [artículo] Manuel Espinoza Orellana.

Libros y documentos

AUTORÍA

Espinoza Orellana, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una novela de Virginia Woolf [artículo] Manuel Espinoza Orellana. il., retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile